

Antonio de Undurraga

Zodiaco de la Poesía chilena en 1941



N 1925, con palabras afincadas en una poderosa juventud, Guillermo de Torre decía que la crítica debe ser libertada de «los eruditos paleolíticos, los eclécticos insexuados, los arribistas sin documentación y restituida a su verdadera misión al ponerla en manos de los poetas, que si no activos, pueden serlo, al menos, in potentia».

Por nuestra parte, confesamos, que en esta oportunidad, lo que nos ha movido a hacer crítica de poesía, no son estos conceptos ni otros semejantes, sino simplemente el hecho de no haber publicado libro alguno en el año que acaba de transcurrir y habersele atribuido la calidad de «desierto» al Premio Municipal para 1941, en este tema y otorgado tres menciones de estímulo de tres mil trescientos treinta y tres pesos cada una, a los poetas que se individualizarán en el curso del presente estudio.

En consecuencia, hemos resuelto comentar con entera imparcialidad todos los libros aparecidos en 1941, en dicha categoría, con el fin de dilucidar este importante y extraño suceso literario.

He aquí los libros:

I

Sugestión de la Montaña, por Estela Miranda. La poesía de Estela Miranda, crece y se desenvuelve al margen del ritmo, de una pasión, de un hálito seguro:

«El sauce es el poeta entre los árboles.
Tiene un mirar humilde que se inclina sobre inquietud de ríos,
y por buscar el cielo dibujado en las aguas,
junto a todas las aguas se encuentra su ramaje suspendido».

Sólo por excepción, intenta una poesía más plena utilizando algunas imágenes:

«La noche que asoma,
semeja una mancha de tinta
vertida en la página clara del cielo».

Es digna de señalarse su vocación por los temas. En efecto, sus poemas versan sobre el sauce en «Arbol poeta»; el bosque, en «Alma de la Selva»; el pino, en «Las razones del pino»; el agua de los pozos, en «La inquietud del agua», etc. Pero la poetisa no consigue interesarnos en las vicisitudes de sus personajes, por su carencia de originalidad y estilo. Empero, nos comunica, como en sordina, su bondad franciscana, su alma siempre pura y ajena a las vanidades de la mujer frívola. Es, sin duda, un espíritu que no encuentra en la poesía su expresión cabal.

II

Motivos del Puerto y otros Poemas, por Alejandro Reyes. Reyes, como Estela Miranda, ejercita su voz en los ámbitos de la poesía temática, pero su estadio es el océano. Antes de hablar sobre sus poemas es preciso oírle:

«Empavesé las naves de mis sueños», dijiste,
oh, noble Pedro Blomberg! Yo también sé soñar
y en mi pequeña barca, ya luminosa o triste,
voy segando bellezas por los hados del mar».

En términos equivalentes, en el prefacio del libro, nos dice:
«Lentamente, empujadas por oscilantes vientos de indecisiones navegando por casi cinco lustros, detenidas lo más del tiempo por largas calmas de abulias invencibles, o de perezas enervantes, logran tan sólo ahora anclar en el fondeadero literario de mi patria, estas humildes naves mías.

«Aparejadas modestamente, no traen los atavíos que el siglo exigen y vienen más bien, a la manera antigua, grises sus blancos velámenes que en un tiempo albearon como un ampo en un diáfano mar de cobalto. Algunas, las más gallardas, podrán lucir empavesados: las demás llegan a puerto sencillamente y como atemorizadas de su rezago».

En suma, estamos frente al jadeo de la nave de un poeta «amateur», que conoce profundamente las limitaciones de que adolece la rosa de sus vientos íntimos y, en efecto, su poesía no puede ser considerada sino como un sincero ejercicio individual:

«Vuestro encanto de antaño, viejos barcos veleros,
aguerridas fragatas y gallardas goletas,
ágiles bergantines y balandros ligeros,
mecidos blandamente sobre las aguas quietas».

He aquí la estrofa con que el poeta abre su libro para luego referirse a un sinnúmero de temas marinos, como ser: «La ría», «El puente de Arcos», «Los viejos Capitanes», «El viejo lobo de mar», «Rincones de mi pueblo», «Astillero», «Grúas», «Calles del Puerto», «Barcos de atardecer», «Barcos varados», «Canal de Panamá», etc.

En su poema «El ancla», nos dice:

«Vieja ancla carcomida, que duermes en la arena
de aquella playa agreste, humilde y rumorosa:
de un raro encantamiento tu vejez está llena,
ancla, que solitaria en tu rincón reposas».

Aunque se trata de un poeta de precarios recursos, su obra es pareja en lo que concierne a su calidad. Sólo por excepción desciende en expresiones de tan flagrante mal gusto, como ésta:

«A la vera del agua dos calafates,
de rostros colorados como tomates,
a la lancha le ponen pelo postizo...

Para que, terminado su maquillaje,
se vaya, coqueteando con el oleaje,
a encabritar los mares con sus hechizos».

Empero, en su soneto «Grúas», tiene un acierto de imágenes realizada en forma vigorosa, cuando dice:

«Reciedumbre titánica de los andariveles.
Una grúa pequeña que pisa sobre rieles,
con su gran cargamento gira bien en redondo.

Mientras otra ciclópea, abre su gran tenaza,
—panecillos de azúcar que echara en una taza—
cuatro bloques macizos deja caer al fondo».

Los poemas de mayor calidad que contiene el libro son los intitulados: «Iglesia», «Regreso», y «Colón». En el penúltimo, dice:

«La cinta esmerilada de la neblina opaca
ha juntado sus trenzas sobre las tersas aguas.
(En la orilla, al continuo vaivén de la resaca,
el mar muestra los blancos vuelos de sus enaguas).

Irrumpe desgarrando la brumosa cortina
un balandro que avanza como un delfín alado,
y acuchilla la hoja de acero laminado
del mar, con la elegancia de una jabalina».

Pero estos tres poemas son sólo pequeñas islas en medio de un gran acopio de poesía rezagada, de pupila y vuelo cortos. Sin embargo, es preciso agradecerle al poeta su cotidiano ejercicio, su ávida pasión por el mar.

III

Canto Perdido, por Wáshington Espejo. Espejo, posee un temperamento lírico indudable, pero en este libro su lengua es sólo un infatigable reloj de repetición de cuanta esencia, frase, forma o sentimiento poético, ambula en el ambiente de la poesía ya caduca o siempre viva de los grandes maestros románticos o modernos. El resultado ha sido el inevitable: vulgaridad que todo lo avasalla, monotonía, fatiga. En «Corra el anillo», dice:

«Era el tiempo alegre
de juegos sencillos,
en que tenía alas
de luz el cariño.
¡Qué pena me diera
no haberle vivido!»

Por otra parte, su verbo poético no está exento de caídas, casi increíbles:

«¡Qué bueno—si llueve—mojarse un poquito!
Andar por las calles de salto en saltito,
con el cuello alzado y diciendo: ¡oooooh!
...Después un tranvía: y aunque no haya asiento,
ya quedamos libre del agua y del viento,
y de puro frío,... sentimos calor».

«(Invierno feliz»).

O, en el poema «En el mar»:

«En estos breves días de vapor
veo en todo un mareo y un marear...
Unos que se marean por el mar
y otros que se marean por amor
¡y yo... como una flor!»

En el soneto «Poesía y música», es donde su verbo alcanza la mayor plenitud:

«Busca la poesía, la blandura
y la fina pureza del idioma,
como busca en su vuelo la paloma
un jardín, una selva, una llanura.

Después, tímida y frágil... ya fulgura
y el temblor de sus alas no se asoma;
precisa un marco delicado, y toma
del verso musical la vestidura».

Pero el punto doloroso de nuestras observaciones sobre este libro, lo hemos hallado en el prólogo. En él, Espejo funda-

menta—por decirlo así—la filosofía de su vulgaridad poética con estas palabras: «Quien siente el deseo de cantar—afinado o no—tiene el mismo derecho de los pájaros. Los que oyen, tienen también el derecho a oírlos o espantarlos... nada más. El pájaro sabe observar si le acecha un oído o una piedra.

«¿La moda?, ¿la imitación? No existen para los pájaros, ni deben existir para los poetas».

No es nuestro deseo herir, ni menos aun molestar a Washington Espejo, pero esta teoría suya del «poeta-pájaro», nos parece deleznable.

IV

Víspera en Llamas, por Víctor Castro. Este libro intitulado con hermosura «*Víspera en Llamas*», trae a la poesía chilena joven el sentido de la delicadeza. Pero por un adverso azar, la denominación de la obra contrasta con lo antipoético del apellido de su autor.

El libro consta de veinticuatro poemas, de los cuales nueve—una suma apreciable—están escritos en metro endecasílabo asonantado:

«Ruda noche es ahora que en la sombra
habita un anillo en tus palabras.
Ruda noche si muere esta ceniza
o si vive tu paloma ya extrañada,
o si puedo encontrarte allá en el sueño
donde existe la muerte en una lámpara».

Esta estrofa constituye un retorno a las formas ceñidas, al ritmo preestablecido. Es en ellas donde el poeta debe deformar y ductilizar su espíritu como una amiba, para salir airoso de los obstáculos. Con anterioridad a Víctor Castro, otros jóvenes poetas: Omar Cerda y Victoriano Vicario, ya habían tentado

algo semejante y, sin duda, que hallaron en este metro la forma más apta para pintaesenciar con disimulo jugos poéticos de García Lorca, que en octosílabo de romance habrían resultado muy visibles; y materiales de Pablo Neruda u Oscar de Lubicz Milosz, que en metro libre, del mismo modo, habrían sido fácilmente pesquisables por el comentarista indocto.

Pero no puede hablarse de influencias poéticas, como a menudo lo hacen nuestros críticos de poesía, sin citarlas expresamente.

En efecto, la influencia de Neruda en este poeta es notoria. He aquí alguna semejanzas, en especial, de construcción. (Los versos signados con el número 1, pertenecen a Neruda: y con el número 2, a Víctor Castro):

1—Qué pura eres de sol o de noche caída. («Juntos nosotros»)

2—y era apenas la soledad caída. («Antaño»)

1—Con mi razón apenas, con mis dedos. («Entrada a la madera»)

2—donde apenas el clamor de la esmeralda. («Arpa derramada»)

2—donde apenas el silencio despertaba. («Litoral»)

2—y era apenas una isla crepitando (id)

2—donde apenas la rosa, donde cantan (id)

2—donde apenas el lirio, donde blancas (id)

2—voz apenas victoriosa y derrotada (id)

2—es apenas la ceniza y es la llama (id)

2—¡y es apenas tu sonrisa desvelada! (id)

2—y cuánto olvido apenas en la alondra. («Epoca presente»)

2—no podría dejar apenas dulce (id)

2—y cuanto olvido apenas crepitando (id)

2—es apenas llegar como la muerte (id)

- 2—es apenas la infancia de otra rosa (id)
- 2—Canto apenas tu voz, oh! tiempo ausente. («Metal marino»)
- 2—oh desnudo caracol apenas lirio (id)
- 2—donde apenas el arpa de la luna! (id)
- 2—Pero escucho tu voz, amada, apenas (id)
- 2—y no estás llorando apenas con la música (id)
- 2—Y tú sabes apenas de las arpas. («Epitafio celeste»)
- 2—era muerte y alcoba, era apenas. («Sonata»)
- 2—donde apenas se murmura mi silencio. («Insomnio»)
- 2—herido espejo donde apenas. («Segunda vigilia por tu muerte»)
- 2—Qué azulada ceniza—lirio apenas. («Fuga»)
- 1—Oh grandiosa y fecunda y magnética esclava.
(«Poema N.º 2»)
- 1—Ah silenciosa!
- 1—Oh Maligna, ya habrás hallado la carta... («Tango del viudo»)
- 2—Todo era, oh llorosa! como llama. («Antaño»)
- 2—Si en mis brazos quedabas, ¡oh llorosa! («Sonetos»)
- 2—y tú sabes mi amor—oh silenciosa— («Metal marino»)
- 1—lo haría por tu voz de naranjo enlutado. («Oda a Federico García Lorca»)
- voz caída y enlutada. («Presencia encadenada»)
- 1—Era la alegre hora del asalto y del beso. («Canción Desesperada»)
- 1—Era la negra, negra soledad de las islas (id)
- 1—Era la sed y el hambre y tú fuiste la fruta (id)
- 1—Era el duelo, las lágrimas y tú fuiste el milagro (id)

2—Y era un ángel y el rumor. Era la ola,
era todo caminando. Y eran claras
golondrinas meditadas y ciudades,
era llanto, cadena y esperanza... («Litoral»)

1—es tanta la niebla, la vaga niebla cagada por los
pájaros,
es tanto el humo convertido en vinagre. («Enfer-
medades en mi casa»)

1—Ved cómo están las cosas: tantos trenes,
tantos hospitales con rodillas quebradas,
tantas tiendas con gentes moribundas (id)

1—Hay tanta luz sombría en el espacio
y tantas dimensiones de súbito amarillas. («El
reloj caído en el mar»)

1—y tantos malecones que el sol rojo partía,
y tantas cabezas que golpean los buques,
y tantas manos que han cerrado besos
y tantas cosas que quiero olvidar. («No hay ol-
vido, sonata»)

2—Tanto eco y caracol ya se levanta
tanta fría corola de una estrella,
tanta duna y combate, triste bosque,
tanto avance del lirio sepultado. («El mar»)

2—Nunca hubo en tu amor tanta violeta
tanta música herida, tanta rosa,
tanta nieve transida, tanto fuego
tanto vivo clamor, tanta amapola. («Ángel consu-
mido»)

En menor escala, casi por excepción, hay también en su libro reminiscencias de Juvencio Valle. Dice éste:

«Aquí irrumpe desbocado mi caballo,
aquí remato feliz, aquí retumbo
y florezco al azar, aquí me pierdo
y sollozo desnudo, aquí me ahogo
y doblado y herido pongo oído
a mi propia y recóndita herrería. («Canto de Amor, IV»)

Por su parte, Víctor Castro:

«aquí a la orilla se levanta y se estremece,
aquí sólo cae la corona,
aquí los caballos insondables,
aquí se vive el planeta como el alba
que buscando su sueño cae y surge. («El mar»)

Del mismo modo, se transparenta en la suya la voz de otro poeta. En efecto, Lubicz Milosz, dice:

- 1—Tú no sabes nada de tu pasado, tú lo has soñado.
(«La extranjera»)
- 1—Yo no sé nada, no quiero saber nada de tu pasado (id)
- 1—Tus ojos me hablan de brumosas ciudades lejanas (id)
- 1—Tú me has ya encontrado antaño (id)
- 1—Sí, antaño, tristemente, antaño (id)
- 1—Como la palabra antaño cuando la sombra reina sobre el mar (id)
- 1—Se diría, en verdad, que toda la música ha muerto («El viejo día»)
- 1—Miro vuestros ojos de antaño y tengo sueño. («La última canción de cuna»)
- 1—como si tus ojos no me hubiesen conocido nunca.
(«La extranjera»)

- 1—Llueve en los grandes jardines desnudos (id)
 1—Su historia muerta para siempre, aun para ti (id)
 1—Donde camina la muerte de la ciudad (id)

Y Castro, por su parte:

- 2—Tú sabías mi pasado. Tú sabías
 mis pupilas junta al alba más desnuda:
 tú sabías que mi muerte fué en antaño
 y que ahora sólo vengo tras tu espuma. («Épita-
 fio celeste»)

Federico García Lorca en su (Primer Romancero Gitano, emplea con vigoroso estilo, algunas flores y ciertas caracolas como elementos de poesía moderna y, sin duda, ha sido el puente que condujo a nuestra lírica una verdadera invasión floral: «glorietas de caracolas» (Preciosa y el aire); «su cuerpo lleno de lirios» (Reyerta); «ni nardos ni caracolas» (La casada infiel); «tu fulgor abre jazminez» (San Gabriel II); «voz de clavel varonil» (Muerte de Antoñito el Camborio); «verónicas de alhelí» (id); «con aceituna y jazmín» (id); «bueyes y rosas dormían» (Muerto de amor); «siete adormideras dobles» (id); «las adelfas de tu patio» (Romance del empleado); «de nardos casi despiertos» (Martirio de Santa Olalla, I); «un rumor de siemprevivas» (Romance de la guardia civil española); y «la luna vino a la fragua con su polisón de nardos», (Romance de la luna, luna).

He aquí la fuente originaria de los infatigables y fatigosos lirios, nardos, claveles y caracolas de Víctor Castro. Veamos sólo dos de estos elementos en su poesía:

- 2—de un nardo más nardo y que solloza. («Imagen para la sombra»)
 2—era un nardo de oro el de tu nardo. («Sonetos I»)

2—que cruza el nardo como espada dulce. («Soneto II»)

2—¿Qué desnuda soledad, qué nardo puro? («Metal marino»)

2—y era un nardo de aluminio el de la fuga. («Epitafio celeste»)

2—para que fuera en tu nardo contenida. («Aventura»)

2—fino nardo de vidrio, te convierte. («Insomnio»)

2—ay, tu fino espejo para el nardo. («Canto en la muerte de Jorge Quinteros»)